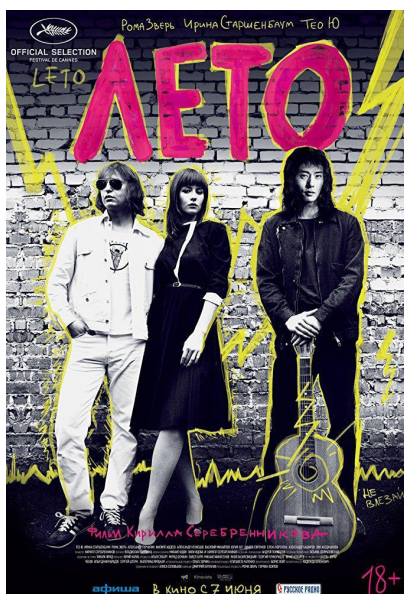


Sobreinterpretaciones

Ecós de un verano clandestino: El pulso del instante en *Leto*

Por Jesús Iván Contreras Matamoras



Leto (2018)
Dirección: Kirill Serebrennikov

I Un fragmento que revela el espíritu de la cinta

En el ritual de toda película hay un momento que puede ser la referencia de esta; en “*Leto*”, esta revelación se produce en la azotea de Leningrado y en medio de la *jam session*. En ese instante, siendo la primera vez que nos encontramos con “*Мы ждём перемен*” (Estamos esperando cambios), el espectador experimenta la esencia no solo de un himno en su génesis, sino también un estiramiento y una contracción del tiempo, presente y a la vez pasado, titubeando entre

un tiempo que evoca la juventud (el deseo de los cambios) y es consciente de su fugacidad. Todo ello hace que la propia película se presente como un aparato que atrapa al instante en su propia red y nos propone no tanto que veamos la escena, sino que la habitemos. La fuerza afectiva del fragmento nos ofrece la posibilidad de ajustar nuestra relación con el tiempo; no como una medida lineal, sino como un tiempo sensible en el que cada nota, cada mirada, cada silencio devienen elementos vivos y palpables.

II Escena y vivencia temporal

La resonancia de lo efímero reflexionar sobre el eco prolongado de cada nota en la cámara fija equivale a percibir el pasado inmediato en el acto mismo de su desaparición; ese instante alargado transforma la retención de la experiencia en una textura vivida, donde el sonido de las cuerdas persiste como una huella en la conciencia. En esa prolongación, la memoria se activa sin esfuerzo, tiñendo la escena de una cualidad atemporal. A su vez, esa prolongación funciona como un espejo introspectivo: nos invita a reconocer cómo nuestras propias memorias se aferran a lo fugaz, manteniéndolo vivo más allá de su duración concreta. La escena se convierte entonces en un umbral donde lo transitorio adquiere permanencia simbólica.

III La expectativa silenciosa

Cuando la mirada de Mike se entrelaza con la de Tsoi, no es solo complicidad, sino un gesto que abre un umbral hacia lo desconocido. Este puente visual, calibrado por un fundido sutil, mantiene al espectador en un estado de expectación fina, como si la promesa de la siguiente nota fuera el destino mismo de la escena. En esa tensión silenciosa, la conciencia se proyecta hacia el futuro inmediato. Dicha tensión no solo anticipa acontecimientos narrativos: despierta en nosotros el deseo profundo de trascender el instante y participar activamente en la construcción de lo que vendrá. La mirada compartida se convierte en un acto de alianza temporal que nos recuerda la potencia de la atención compartida.

IV El poder de lo no dicho

La brevísima frase “Esperamos cambios” y el gesto callado que le sigue articulan una densidad de sentido que trasciende las palabras. En ese diálogo mínimo se revela una síntesis donde imagen y sonido se fusionan, otorgando al instante un peso emocional capaz de sugerir revoluciones interiores sin necesidad de explicaciones extensas. Al resguardar el significado en lo tácito, la escena nos confronta con la riqueza de la dialéctica muda: el silencio y la elipsis funcionan como espacio creativo donde cada espectador llena los huecos con su propia imaginación, activando un compromiso íntimo con la promesa de la transformación. Más allá de la elipsis verbal, la tensión que se percibe en la pausa misma —esa brevísima suspensión del sonido y el gesto— actúa como catalizador de las emociones más profundas. Es en ese silencio poblado de posibilidades donde la película nos reta a proyectar nuestros deseos y temores, convirtiendo la impenable elocuencia del mutismo en un escenario donde lo no dicho adquiere una voz propia, poderosa e ineludible.

Imagen 1. Fotograma de la película



Fuente: FILMAFFINITY

V Arquitectura temporal en *Leto*

La película despliega una escena como laboratorio de conciencia, donde cada recurso formal —desde el blanco y negro hasta la edición elíptica— colabora en un ensamblaje que desvela la temporalidad como vivencia: En primer lugar, la prolongación del acorde actúa como una cola invisible que atrapa el pasado recién vivido y lo hace resonar en el presente, recordándonos que el instante jamás es puro, sino siempre revestido por lo anterior. Al mismo tiempo, los cortes y fundidos fragmentados colocan al espectador en un constante estado de apertura, invitándolo a anticipar el devenir de la música con el cuerpo y la mente. Este doble movimiento entre lo retenido y lo esperado configura una experiencia dinámica del tiempo: sentimos cómo el pasado moldea el presente y cómo el presente se asoma al futuro, estableciendo un tejido continuo donde cada pliegue temporal se revela significativo. El uso del blanco y negro, lejos de evocar nostalgia, suspende de manera deliberada toda distracción cromática para concentrar la atención en la vivencia sensorial del momento. Así, la escena se convierte en un espacio reducido de percepción pura, despojado de juicios o contextos superfluos. Al reducir la paleta visual, la película nos impele a escuchar con más acuciosidad y a percibir con mayor intensidad los matices del sonido y la respiración del ambiente, mostrándonos que la esencia de la experiencia cinematográfica reside en la atención concentrada. Por último, los susurros del ambiente —el viento, el pulso de las cuerdas— integran un trasfondo pre-reflexivo en el cual la conciencia no necesita etiquetar cada sentimiento, sino simplemente experimentarlo en su forma más directa. Ese trasfondo sensorial actúa como fundamento subterráneo de la estructura narrativa: en él se gesta la vivencia pura, libre de mediaciones discursivas, que sostiene toda la tensión emocional de la escena.

A través de esos dos minutos en la azotea, “*Leto*” nos muestra que el cine puede funcionar como un espejo de nuestra conciencia temporal. La incertidumbre que despiertan los acordes suspendidos, la promesa implícita en una mirada y la intensidad de lo no dicho nos recuerdan que el tiempo se construye en la tensión entre lo que acaba de suceder y lo que aún está por venir. En ese espacio límite, la película revela su verdadera

sustancia: no es solo la historia de un himno clandestino, sino una exploración de cómo vivimos, recordamos y proyectamos, tejido por el latido mismo de la memoria y la anticipación.

Al insistir en la fisicalidad del instante y en el compromiso afectivo del espectador, la película propone una forma de entender el cine como experiencia viviente, un intercambio de temporalidades donde lo narrado y lo vivido convergen en un pulso único. En este diálogo continuo entre la imagen y la percepción, somos invitados a participar en la creación misma del significado: no basta con contemplar pasivamente la escena, sino que nuestras propias historias y vivencias aportan capas adicionales a la experiencia. Así, cada espectador actúa como coautor de la memoria colectiva que “Leto” desencadena, reforzando la idea de que el cine no solo refleja el tiempo, sino que lo fabrica junto a nosotros.

Referencias

- Husserl, E. (1999). *Investigaciones lógicas*, 1. Alianza Editorial.
- Husserl, E. (2010). *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*. Editorial Trotta.
- Serebrennikov, K. [Director] (2018). *Leto* [Película]. Rusia-Francia.